

Conversación inédita con Gutiérrez Vega

Los elementos del placer

Pilar Jiménez Trejo

Dos semanas antes de su muerte, el poeta Hugo Gutiérrez Vega conversó en torno de su juventud, su militancia política, su paso por la diplomacia y su encuentro germinal con Grecia. Sobre todo, en el centro de sus palabras está la búsqueda de una vida regida por el amor a la poesía y el placer elemental que hay en las cosas aparentemente inútiles de la existencia.

*Aquí paré mi tienda. Sólo espero
esa fiesta nocturna. Me moriré
cuando el placer termine.*
H. G. V.

La tarde del pasado 7 de septiembre el poeta Hugo Gutiérrez Vega revisaba en su oficina de “La Jornada Semanal” las pruebas de su columna “Bazar de asombros” que el domingo siguiente dedicaría al doctor Gérard Guasch, un terapeuta, traductor de Omar Khayyam y estudioso de los poetas sufíes, divulgador del pensamiento taoísta y autor de *El camino del Tao*.

Inmerso en el mundo del periodismo cultural, en la divulgación de nuevos autores, en la poesía, los recuerdos de Grecia y el mar, haciendo citas en portugués para hablar de sus años como diplomático, el poeta concedió una entrevista donde el placer y la muerte también fueron temas. Es probable que esta haya sido la última conversación de este tipo que concedió Gutiérrez Vega; la lucidez y la memoria de este gran pensador de 81 años quedaron en silencio el 25 de septiembre tras su muerte, pero al evocarlo siempre nos estará recordando

que consumamos poesía como un artículo de primera necesidad.

Maestro, ¿cómo va el libro secreto que está escribiendo?

Estoy a punto de terminarlo, son treinta y tantos poemas sobre el final y los estoy haciendo con mucho cuidado para no caer en el melodrama y sobre todo evitar a toda costa la autocompasión; no sé si vaya a ser alegre o no, pero es una reflexión sobre el final no sólo de un ser humano, sino el final de todas las cosas.

De las actividades que ha ejercido, como la diplomacia, la actuación en teatro y cine, la docencia, la difusión cultural, la traducción, parece que la poesía y el periodismo ocupan por ahora sus días...

En primer lugar gozo mucho mi trabajo de editor en “La Jornada Semanal”. A pesar de que soy un anciano, con el periodismo cultural sigo descubriendo, todavía puedo aprender, y el periodismo me entrega ese caudal dialéctico de discusión de contrarios, de opuestos, y de alguna manera me sirve para mantenerme al día sobre lo que está pasando en el mundo, y particularmente en

el mundo de la cultura; así que digamos que es parte del oxígeno que recibo al día.

El periodismo cultural ha sido una actividad fundamental en mi vida, lo empecé a ejercer muy joven en Guadalajara, después fundé un suplemento en Querétaro que se llamaba *Andayomojé*, que significa en náhuatl “Tierra nueva”. En aquella época no había todavía la recuperación del indigenismo en la literatura, así que fuimos pioneros del respeto y la recuperación de las culturas indígenas. Más tarde dirigí la *Revista de la Universidad de México* durante varios años. Después escribí en muchísimas publicaciones dedicadas al periodismo cultural como la misma *Revista*, en *Siempre!*, en *Novedades*, en *Cuadernos Hispanoamericanos* en Madrid, *Estafeta*, *La Nación* en Buenos Aires. Es decir, toda mi vida ha estado, al lado de la poesía y del teatro, el periodismo cultural.

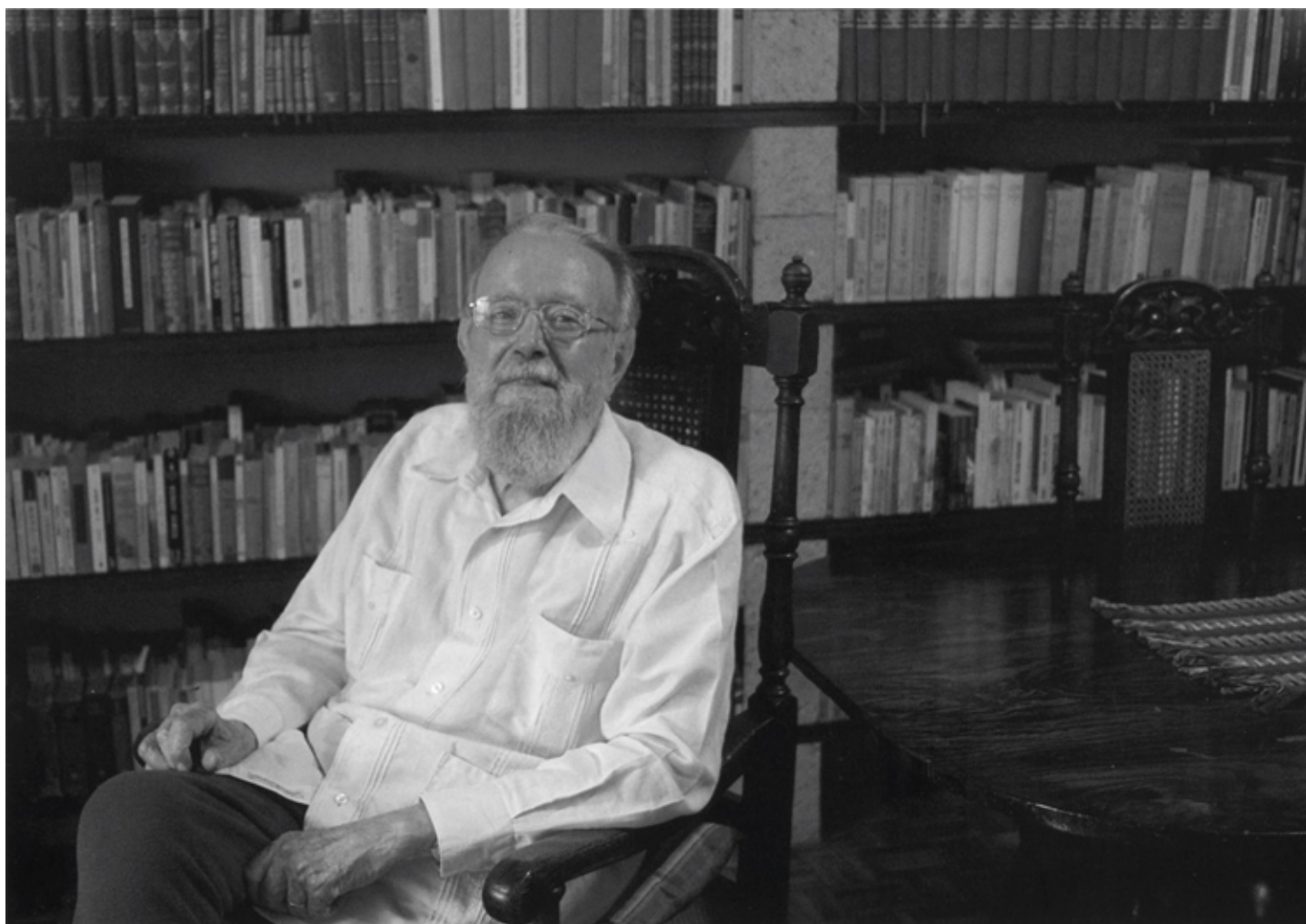
El que quiera dedicarse al periodismo cultural tiene que tener una formación cultural seria y al mismo tiempo ser creador; eso sería lo ideal, no una obligación indispensable, pero sí lo ideal. Un creador y al mismo tiempo con una amplia visión de la cultura de todo el mundo, no sólo del propio país, aunque haciendo hincapié en ello. Decía Alfonso Reyes con mucha razón que, para amar lo ajeno hay que conocer lo propio.

Usted ahora mismo revisa su columna semanal “Bazar de asombros”. ¿Por qué la tituló así?

Es formalmente una miscelánea, se titula “Bazar de asombros” porque bazar en buen mexicano da la idea de que todo cabe en un jarrito sabiéndolo acomodar. En un bazar hay de todo: vida cultural, cultura popular, cultura nacional, internacional, teatro, cine, acontecimientos, viajes, memorias, por eso tiene la amplitud, la versatilidad de la miscelánea, pero no se trata simplemente de dar chispazos, sino de profundizar un poco en las cosas. Por otro lado, memorias inmediatas que simplemente requieren un oficio, porque la primera obligación del periodista cultural es escribir bien, ya viene después un conjunto de obligaciones, pero la primera es escribir bien.

Me gustaría que contara sus recuerdos de cuando vino de Guadalajara y era militante panista. Aquí se encuentra con sus dos grandes amigos: Carlos Monsiváis y Sergio Pitol.

De joven, por razones tapatías, alteñas, de familia y de educación, milité en el PAN, del que me corrieron por comunista, como después me corrieron de la Universidad de Querétaro cuando fui rector por dos hermosas razones: por comunista y pornógrafo, y eran ciertas las dos. Así fue mi paso a la izquierda. Esto es una cosa muy rara, porque lo normal es ser incendiario de joven



Hugo Gutiérrez Vega, 2014

© Rogelio Caudillo

y bombero de viejo, que se parta de la izquierda y se llegue a la derecha. A mí me pasó al revés, y llegué a la izquierda en la que me he quedado.

En esos inicios está su amistad con Carlos Monsiváis...

Desde muy joven inicié la relación con Monsiváis. Fue a partir de un concurso de oratoria de *El Universal*, que yo gané. Monsiváis ya no me escucha; si me escuchara hablaría por teléfono para protestar: era discursero, les hacía discursos a los campeones del Distrito Federal; yo concursé por Jalisco y le gané. A raíz de eso nos hicimos enemigos, y luego muy amigos. Enemigos ideológicos y amigos literarios; después tanto ideológicos como literarios. Durante mucho tiempo no nos vimos hasta que regresé de Italia con mi primer libro, *Buscando amor*, y él lo reseñó. Después nos vimos muchas veces cuando yo era rector de la Universidad de Querétaro. Él iba a dar conferencias y a apoyarme en todas las actividades de renovación que intentábamos hacer en la rectoría de la Universidad. A Pitol lo conocí curiosamente después de conseguirle un trabajo en Bristol. Yo era agregado cultural en Londres, y después del 68 le conseguí un trabajo a Monsiváis en Essex, mientras José Carlos Becerra viajaba con la beca Guggenheim, y Pitol llegaba a Bristol. Allí empezó mi amistad con Sergio. Estoy hablando de 1969; una amistad más tardía que la Monsiváis. Sin embargo, fue una amistad muy estrecha, convivimos en Londres, nos veíamos y nos escribíamos con frecuencia, y cada vez que nos reuníamos en México íbamos a comer al Bellinghausen. Un día tuvimos la noción de nuestra edad: estábamos comiendo y de repente entró al restaurante un viejito, pero viejito que apenas podía caminar, se dirigió hacia nosotros, nos volteamos a ver y dijimos: de quién es compañero este viejito, de Monsi, mío, de Pitol... No, pasó de largo; era compañero de otros viejitos que estaban en otra mesa, pero en ese momento nos dimos cuenta de que, como decía Wordsworth, el inclemente señor venía en camino. Para Monsiváis ya llegó, para Pitol anda llegando y para mí anda llegando.

Usted creció en un mundo católico. ¿Qué reflexión hace ahora sobre el concepto religión?

Hay que utilizar el concepto original: religión significa religar, es decir, unir a los individuos en torno a una idea, a un principio, en torno a una serie de conceptos, así es que en el aspecto original la palabra nos puede dar luz. Las otras religiones son cuerpos administrativos políticos; afortunadamente en la religión católica Francisco, el nuevo papa, está modificando un poco las cosas. La religión de alguna manera enriquece la vida humana, pero así como la enriquece puede empobrecerla con el fundamentalismo. El fundamentalismo es el peor enemigo no sólo de la religión sino del ser

humano en general, con su actitud cerrada, violenta, intolerante. Entonces, la religión religa: abre campo a todas las ideas, perdonando, tolerando; la religión que está ahora preconizando Francisco es una buena idea, y yo estoy muy viejo ya, pero tengo un enorme respeto por esa religión de la que estoy hablando. Por la religión fundamentalista y politiquésca no tengo ningún respeto.

En un poema usted advirtió: “Me moriré cuando el placer termine”...

El placer es un concepto muy amplio. No sólo se trata del placer físico; por supuesto que el placer sexual es importantísimo, pero yo estaba hablando del placer en general: el placer frente a los alimentos y frente a los alimentos terrenales, como frente a un paisaje. En este tiempo donde la economía parece regirlo todo, hay que recordar lo que decía un ensayista italiano, Fabrizio Andreella: tenemos que negarnos a que la economía nos diga qué es lo fundamental en la vida de los hombres. Tenemos que decir que lo fundamental es lo inútil: un paisaje, una puesta de sol, la sonrisa de un niño, la facilidad de un pueblo. Eso que es aparentemente inútil es lo que realmente importa en la vida humana. Todos estos son los elementos del placer, y si se acaba el placer, se acaba la vida ¿Qué le queda a uno? Irse prudentemente.

¿La patria verdadera sigue siendo la infancia?

Es la época en que todo es nuevo. Todas las mañanas el niño descubre al mundo, y por eso aquí es tan importante la educación sentimental. Estas cosas aparentemente inútiles son la escancia de la vida. Por eso es terrible la idea de que un niño muera; la fotografía que salió hace poco de un niño sirio muerto en una playa turca es verdaderamente impresionante: parece que está dormido, está muy tranquilo, muy bien vestido y arregladito por la mamá, pero muerto, aunque quisiéramos que estuviera simplemente dormido.

Usted fue miembro del servicio exterior mexicano. Representó durante 33 años a nuestro país como agregado cultural y cónsul general en países como Estados Unidos, España, Italia, Brasil, Rumania, Líbano, Chipre, Moldova y Puerto Rico, y como embajador ante Grecia. Eso le permitió conocer y viajar por otras literaturas y universos, pero también al dejarlos tuvo que desprenderse de algo...

Efectivamente, a lo largo de la vida vamos desperdigando el ser, vamos dejando girones de nuestro propio ser en las ciudades donde vivimos, donde nos movimos; y al mismo tiempo nos llevamos algo de esas ciudades. Hay una relación dialéctica en el viaje y en la estancia, sobre todo en la estancia en la vida diplomática verdadera, no en la vida diplomática improvisada. Mucho se queda y mucho se viene con nosotros, en eso consiste el juego y no queda otra. Así es el mundo, como decía Pío Baroja.

¿Cómo fue su inicio en la diplomacia?

Me inicié como agregado cultural en Roma en 1963. Don José Gorostiza, que era el secretario de Relaciones, me fue a despedir y me dijo una frase que me acompañó siempre: “Acuérdese, Hugo, que los viajes ilustran, pero también extrañan”. Me lo decía en muchos sentidos. Me recomendó escribir un verso al día para mantener la mano ágil. Yo le dije: “Don José, ¿qué autoridad moral tiene usted después de *Muerte sin fin* y de ‘Declaración de Bogotá?’”, y se quedó callado. Luego me dijo: “¿Tú crees que puede escribir un poema una gente que dice cien veces al día: ‘Reitero a usted las seguridades de mi más atenta y distinguida consideración...?’”. Respondí que sí y añadí: “Si Seferis pudo, si Saint-John Perse pudo, si Paul Claudel pudo, y Octavio Paz pudo... por otra parte, no se sienta usted presionado, ya escribió *Muerte sin fin* y con eso basta, es como pedirle a Juan Rulfo más después de *Pedro Páramo*”.

Siempre fue un diplomático vinculado a la cultura.

Llegué como agregado cultural a Roma, y la estancia allí me dio la oportunidad de conocer a mucha gente. Conocí a Gore Vidal, a Balthus, que presidía la Academia Francesa en Roma y era amigo de Federico Fellini. Traté mucho a Rafael Alberti, que fue como mi hermano mayor, él prologó mi primer libro de poesía, *Buscando amor*, publicado en Argentina en la editorial Losada. En la casa de Alberti teníamos reuniones dia-

rias. Luego trabajé en una película de Pasolini, en un papelito, que se titulaba *Sombra* que pasa en la lejanía, porque eso hacía: hice el papel de pueblo, que siempre me ha gustado mucho. Conocí a Pasolini, a Vittorio Gassman, Sereni, Eugenio Montale, Salvatore Quasimodo; me acerqué mucho a la literatura italiana. Y como periodista hice varias entrevistas, una a Montale, otra a Quasimodo y otra a Seferis, así que dentro de mi trabajo de agregado cultural seguí adelante con mi trabajo de periodista cultural. Y además la poesía siempre fue una constante; mi primer libro, que tiene un hermoso prólogo de Rafael Alberti, lo escribí en Roma. Después en cada país en el que he estado he escrito uno o a veces tres libros, como es el caso de Grecia, pero no son libros en el plan narrativo, sino simplemente experiencias emocionales sobre esos países y mi estancia allí.

Combinó la poesía con la diplomacia.

Como decía Machado: a mi trabajo acudo, con mi dinero pago... Siempre me gustó el trabajo diplomático. ¿Cómo hice poesía? Robándole horas a la noche, trabajando de noche. Siempre he sido animal nocturno, como gente de teatro soy muy de madrugada. Entonces me daba tiempo para escribir, y sobre todo para corregir, que a veces es más difícil que escribir.

¿La curiosidad de periodista y escritor lo aproximaba más al país en el que residía?



Muchas veces los diplomáticos viven en un gueto y no se acercan a la gente del país; yo recomiendo que se hable la lengua del país. Por ejemplo, en Grecia, la mayor parte de mis colegas, cuando yo era embajador, no hablaban ni entendían el griego; vivían en el gueto anglo... Si sabes la lengua del país puedes leer la poesía, el periodismo cultural, y acercarte a la cultura de esa nación. Es indispensable conocer el idioma del país al que se llega como diplomático, y Relaciones Exteriores debería tomarlo en cuenta y procurar que los diplomáticos hablen la lengua del país al que van: chino, árabe, japonés, ruso, griego... Es condición indispensable y además le conviene al diplomático, porque el viaje será más enriquecedor; de lo contrario, es pasar de un gueto a otro, de un Holiday Inn a otro, de una hamburguesa a otra.

Grecia ocupó un lugar muy especial en sus viajes...

Sí, Grecia fue un lugar fundamental. Llegué en un momento de mi vida en que podía asimilar conocimientos con facilidad, acercarme no sólo a la cultura sino al pueblo griego, a la realidad griega. Y no nada más a la cultura griega clásica, sino lo más importante: a la literatura moderna griega, a sus poetas magníficos, que eran muchos. Piense usted en Cavafis, Elitis, Giorgos Seferis, Ritsos, Livaditas, todos extraordinarios.

¿En dónde estudió griego?

Primero en Brasil, cuando era cónsul general comencé a estudiar griego tras la noticia de que me mandarían a Grecia. Tuve tres meses de preparación. Yo sabía algo de griego clásico por mi formación con los jesuitas, pero de allí pasar al griego moderno es como ir del latín al español: hay raíces, hay remotas influencias, pero es una lengua muy distinta. Lo que estudié en Brasil fue griego moderno y llegando a Grecia tomé cursos intensivos de griego.

Sobre mis estudios de griego hay un chisme muy sabroso. Yo era cónsul en Río y a veces acudía a un *terreiro de macumba*. La directora del *terreiro* era una hermosa negra vestida de blanco que fumaba su *charuto*, su puro. Yo no participaba en los rituales, pero los veía con gran respeto: ese girar para que entrara el *orishá* en el bailarín, y ese momento cuando se prendía el puro y venían las revelaciones... Yo simplemente iba porque me parecía muy pintoresco, muy hermoso y muy alegre. Por otra parte, la macumba no es ni mucho menos evangelizadora; escribí un poema sobre eso que dice: "El tambor de macumba, blanca trepidación en plena noche, no está llamando. Toca para sí mismo...". Un día mi amiga, que sabía que yo era el cónsul general de México, me invitó a su saloncito, me dio mi puro, mi cachaza y me dijo entre otras cosas: "El señor tiene que estudiar la lengua de la Antigüedad", lo dijo en portugués. Le comenté a un amigo qué pensaba de eso y me dijo: no

sé, como hablan en enigmas es difícil... A los ocho días me llamó por teléfono Bernardo Sepúlveda, para informarme que me habían nombrado embajador en Grecia, que tenía que aprender la *lingua* de la Antigüedad...

Cuando llegué a Grecia ya había estudiado y leído sobre ese país; llevaba cierta amistad con Odiseas Elitis, que me había orientado mucho sobre la poesía griega; conocía al director del Teatro Nacional Griego. Poco a poco me fui interiorizando de la cultura griega moderna, que en algunos aspectos es tan impresionante como la clásica.

Luego le dedicó por lo menos tres libros a Grecia.

Sí, el primero se titula *El nombre oculto de Grecia* (1991), el segundo *Cantos del despotado de Morea* (1993) y *Una estación en Amorgós y otros poemas* (1996); esa es mi trilogía griega.

El mar ha sido fundamental en su obra.

Estando en Grecia sí, Grecia es el mar, sobre todo Sunión, el Cabo Sunium como le llaman, que está al final de la Ática: desde lo alto del templo vislumbremos que aquí está todo el mar. La sensación marítima me hace seguir pendiente del mar, lo sigo sintiendo en el alma y lo busco cada vez que puedo. Lo encuentro cada vez menos porque camino con dificultad, pero cada vez que puedo voy al mar. Tengo varios libros en donde hablo del mar, a pesar de vivir ahora en esta Ciudad de México, tan lejos del mar en todos sentidos.

¿A qué lecturas de poetas vuelve y sigue admirando?

Sobre todo López Velarde... también Pellicer, Gorostiza, Sabines, de los mexicanos; de los griegos Elitis, Seferis; de los franceses a Rimbaud; de los españoles Gustavo Adolfo Bécquer y todo el Siglo de Oro. Vuelvo con cierta frecuencia a Homero y Lope de Vega, a Garcilaso, a Jorge Manrique, Rilke, Rimbaud y a López Velarde. ... Cuando le preguntaban a Alberti qué poetas lo habían influido contestaba: la poesía.

Yo siempre recomiendo que lean poesía, que regresen a la poesía; por ejemplo, ahora el *Material de Lectura* de la UNAM está reeditando a tres poetas importantísimos en nuestra literatura: López Velarde, José Gorostiza y Jorge Cuesta; hay que adquirirlos y leerlos nuevamente. La poesía, ya lo he dicho, debe ser un artículo de primera necesidad.

Maestro, tiene usted una estupenda memoria...

Es una de las pocas cosas que conservo...

¿Y cómo la ejercita?

Leyendo, platicando. Se me han ido muchos amigos, cada vez tengo menos, pero me aferro a los que tengo para comentar, y sobre todo leyendo, leyendo mucho. **U**